

¿QUÉ ES ADORAR A DIOS?

Orville Swindoll

El autor y teólogo del cuarto y quinto siglos cristianos, San Agustín de Hipona, llegó a la conclusión de que Dios había hecho al ser humano con un vacío adentro que solo Dios puede llenar. Y nuestra experiencia también ilustra que, pronto o tarde, todos llegamos a la conclusión de que sin Dios en la vida no llegamos lejos.

Dicho en términos más positivos, podemos afirmar que con Dios la vida cobra sentido y tiene proyección. Si es cierto que nuestra pasada manera de vivir estaba marcada por la frustración, la confusión y la insatisfacción, hemos encontrado en Cristo el perdón, la felicidad y la razón de ser.

Bien dijo el autor de Proverbios en la Biblia:

*El comienzo de la sabiduría es el temor del SEÑOR;
conocer al Santo es tener discernimiento.*

Proverbios 9:10

Cuando me pregunto *¿Qué significa adorar a Dios?*, la primera respuesta que salta a la mente es que comienza con el temor a Dios. Con eso quiero decir una santa reverencia, un sentido de asombro y de admiración delante de él. Fuimos hechos del barro por la mano diestra del soberano creador y sustentador del universo. Siempre nos conviene inclinarnos en humillación y sumisión delante de él. ¿Qué podemos hacer sin su asistencia y bendición? Desde la antigüedad, los seres humanos expresaron temor, temblor y admiración ante la revelación de la presencia de Dios. El significado básico de la palabra adorar es *inclinarse con el rostro en el suelo*.

La palabra *admiración* lleva otra connotación también: me refiero al estupor, la sorpresa, la sensación de maravillarme ante él. Me quedo sin palabras, atónito; no sé qué hacer, cómo ponerme o dónde esconderme, pues me siento fuera de mi marco acostumbrado. No me resulta fácil presentarme ante la augusta majestad de mi creador y juez. Sin embargo, se me conjuga la sensación de gratitud, de honor, el deseo de absorber todo lo que puedo de su gracia y su gloria. No quiero perder nada de este momento tan especial de estar en su presencia.

El **Salmo 100** señala algunas pautas que haremos bien tener presentes cuando nos acercamos a Dios en adoración:

¹*Aclamen alegres al SEÑOR, habitantes de toda la tierra;*

²*adoren al SEÑOR con regocijo.*

Preséntense ante él con cánticos de júbilo.

³*Reconozcan que el SEÑOR es Dios;*

él nos hizo, y somos suyos.

Somos su pueblo, ovejas de su prado.

⁴*Entren por sus puertas con acción de gracias;*

vengan a sus atrios con himnos de alabanza;

denle gracias, alaben su nombre.

⁵*Porque el SEÑOR es bueno y su gran amor es eterno;*

su fidelidad permanece para siempre.

Analícemos brevemente las tres pautas básicas que este salmo señala como elementos clave de nuestro culto a Dios. Primero, *Aclamen alegres al SEÑOR*.

Luego amplía el pensamiento al afirmar:

Adoren al SEÑOR con regocijo.

Preséntense ante él con cánticos de júbilo.

Resulta obvio que debemos llegar ante Dios con entusiasmo, con alegría y regocijo. Es imposible dar culto a Dios cuando estamos resentidos, disgustados o enojados. Demos noticia a nuestra cara como también a nuestro corazón que hay muchos motivos para estar contentos en la presencia de Dios. El resto del salmo indica algunos de esos motivos.

Segundo, dice el salmista:

Reconozcan que el SEÑOR es Dios; él nos hizo, y somos suyos.

Somos su pueblo, ovejas de su prado.

No nos presentamos como extraños, ni como vecinos o simples admiradores. Reconocemos que él es nuestro Dios y nuestro dueño. Somos su pueblo, su familia; estamos en su casa como hijos amados. ¡Qué privilegio inefable! Al reconocer su señorío sobre nosotros, al rendirnos ante la maravilla del sacrificio de Cristo en el Calvario por nosotros, somos aceptos en el amado, adoptados en la familia de

Dios.

Y finalmente, el salmista señala otro elemento que caracteriza la verdadera adoración:

*Entren por sus puertas con acción de gracias;
vengan a sus atrios con himnos de alabanza;
denle gracias, alaben su nombre.*

No llegamos al momento del culto con las manos vacías, pues entramos con acción de gracias y con himnos de alabanza. La palabra *alabanza* significa elogios; *alabar* quiere decir *hablar bien de alguien*, en este caso, de Dios. Con nuestras palabras, con himnos y canciones, expresamos a Dios nuestra profunda y profusa gratitud. Luego el salmista subraya la razón de nuestra alegría y acción de gracias:

*Porque el SEÑOR es bueno y su gran amor es eterno;
su fidelidad permanece para siempre.*

No solo sabemos que el Señor es bueno; también podemos afirmar que su gran amor es eterno y su fidelidad permanece para siempre. No se acabarán, hermanos. ¡Alegrémonos en el Señor!